

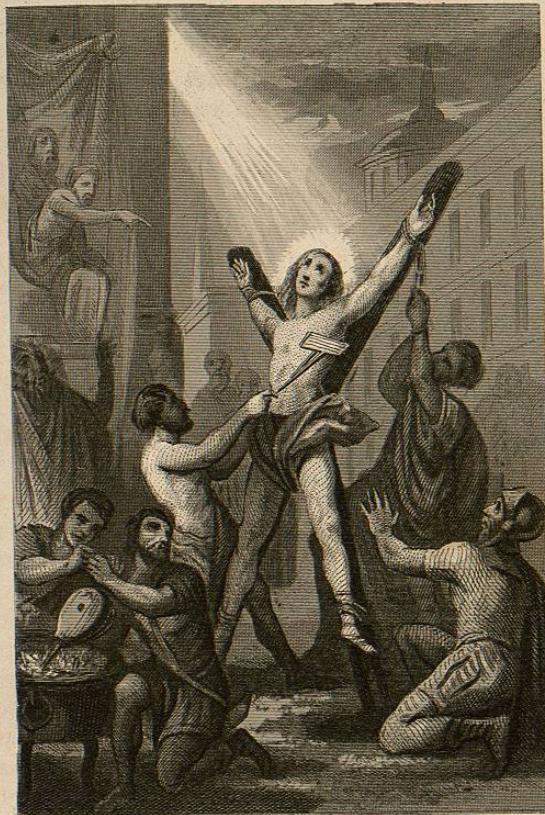
Si alguna vez trastorna tus proyectos y te priva de tus prosperidades temporales, te dará tambien una paz de corazon que excede infinitamente á todas las felicidades del siglo. Resuélvete, pues, á seguirla, á abrazarla y á no perderla jamás. Gusta y ve: experimenta siquiera cuan bueno y cuan suave es el Señor; y si te fuere mal en su servicio, si no hallares ser ciertas todas estas ventajas, entonces puedes ver si toda la felicidad del mundo y todos los placeres imaginables llenan el vacío de tu corazon.

~~~~~

### DIA VEINTE Y DOS.

#### SAN VICENTE Y SAN ANASTASIO, MÁRTIRES.

Fué san Vicente uno de los mas ilustres mártires de la iglesia de España, en quien se hizo mas visible cuanto puede la gracia de Jesucristo. Nació en Huesca de una de las mejores y mas distinguidas casas del pais. Desde niño le entregaron sus padres al gobierno y á la direccion de Valerio, obispo de Zaragoza, que le crió en toda piedad, haciéndole instruir así en los misterios como en las obligaciones de la Religion, sin olvidar el estudio de las letras humanas. En poco tiempo aprovechó mucho Vicente; y viendo el santo prelado los progresos que hacia en todo, le ordenó diácono de su iglesia, encargándole el ministerio de la predicacion, que no podia ejercitar el santo obispo por razon de su avanzada edad. Desempeñóle Vicente con dignidad y con feliz suceso; porque, predicando tanto con las obras como con las palabras, no solo enseñaba y fortalecia á los fieles, sino que tambien convertia á la fe á mucho número de gentiles.



S. VICENTE, M.

Hacia fin del año de 803, que fué el principio de la persecucion que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron en España, queriendo Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, á cuya jurisdiccion pertenecia Zaragoza y Valencia, señalar su elo y su actividad en que fuesen obedecidos los decretos de los emperadores, mandó prender á Valerio y á Vicente, dando orden para que fuesen conducidos á Valencia cargados de cadenas. Lisonjeábase con la esperanza de que se desalentarian con las fatigas y con los malos tratamientos que habia encargado se les hiciesen en el camino; y le adquiririan la gloria de haber vencido á los dos mayores héroes cristianos que se conocian á la sazón en la nacion española. Pero quedó no poco admirado cuando los vió en su presencia tan frescos y tan robustos como si nada hubieran padecido, á pesar de las diligencias que se habian hecho para matarlos de hambre en tan prolijo y tan penoso viaje.

Parecióle á Daciano que para persuadir á unos hombres de aquel carácter tendrian mas fuerza los buenos términos que la severidad y las amenazas. Con esta idea, dirigiendo primero la palabra á Valerio, le representó que su avanzada edad estaba pidiendo de justicia algun descanso, y sus muchos achaques una vejez dulce y tranquila; que uno y otro lo hallaria obedeciendo á las órdenes justas de los emperadores. Y volviéndose despues á Vicente, le dijo con afectada blandura: « Tú, hijo mio, estoy seguro que no de-  
» generarás de la nobleza de tu sangre. Tienes talentos  
» y eres noble; con que espero te harás acreedor á  
» las honras que la generosidad de los emperadores  
» se dignará dispensarte. Eres jóven, eres galan, eres  
» generoso, eres discreto, y puedes esperar los gran-  
» des favores con que te brinda la fortuna, la cual  
» se te presenta colmada de gracias y de dichas. Para  
» merecerlas no has menester mas diligencias que no

» abandonar la religion de tus padres. Ven , hijo mio ,  
 » ríndete á lo que ordenan los emperadores, y no te  
 » expongas por una necia obstinacion á una muerte  
 » anticipada y afrentosa. »

El santo viejo Valerio padecia alguna dificultad en la lengua, y no podia explicarse con bastante expedicion, por lo que ordenó á Vicente que respondiese por los dos. Tomando este la palabra, habló á Daciano con valerosa intrepidez, declarándole el bajo concepto que hacian de los demonios, trasformados en dioses del imperio, y añadió: « No creas que las amenazas » de la muerte nos han de acobardar, ni las despre- » ciables honras de la vida pueden movernos á faltar » á nuestra obligacion; porque has de tener enten- » dido que no hay cosa tan estimable ni tan dichosa » en el mundo, que se acerque de mil leguas al con- » suelo y á la honra de morir por Jesucristo. »

Ofendido Daciano de la generosa libertad del santo diácono, se contentó con desterrar á Valerio, y descargó toda su cólera sobre san Vicente. Dió orden á los verdugos para que empleasen los tormentos mas crueles, y para que inventasen tambien los mas terribles que pudiesen discurrir, á fin de vengar á los dioses del desprecio que se les habia hecho; y fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud y con la mayor puntualidad.

Tiéndenle al punto sobre la catasta, aplícanle los cordeles, y comienzan á tirarle los piés y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tanta violencia, que luego se oyó el ruido y se percibió la dislocacion de todos los huesos; de suerte que apenas se mantenian los miembros unidos al cuerpo sino por medio de los nervios. Viendo el tirano que el santo se reia de aquel tormento, mandó que le rasgasen las espaldas con uñas ó garfios acerados; lo que se ejecutó de un modo tan cruel, que se le

descubrieron las costillas hasta el espinazo. Esperaba Daciano que el santo mártir lanzaria por lo menos algun suspiro ó dejaria correr alguna lágrima; pero queriendo el Señor dar á entender á los hombres que sabe muy bien cuando quiere endulzar las penas y los trabajos que se padecen por su amor, hizo que el santo sufriese este segundo suplicio con tanta constancia y con tanta alegria como habia sufrido el primero.

Quedó atónito el tirano al ver aquella asombrosa tranquilidad del santo mártir en medio de los mas vivos dolores; pero cuando le oyó hacer como burla y chacota de la crueldad de los verdugos, y que á él mismo le desafiaba que le hiciese sufrir todo lo que se le antojase, espumaba de cólera, teniéndolo por especie de insulto. Y sabiendo que las llagas en dejándose enfriar son mas dolorosas si se vuelven á abrir, ordenó que fuese despedazado de nuevo, lo que se hizo con tanta crueldad, que arrancándole crecidos pedazos de carne, dejaban ver patentes las entrañas. Corrian arroyos de sangre por todas partes, y solo se miraba un esqueleto que vivia en fuerza de milagro. Comprendió bien el tirano que en aquella constancia se ocultaba alguna cosa sobrenatural, y que nunca podria vencer una fuerza tan superior á la suya. Mandó que cesasen los tormentos; pero, sin querer manifestarse vencido, le ordenó que á lo menos le entregase los libros sagrados para arrojarlos al fuego, ofreciéndole la vida si le obedecia en esto.

Vicente, con modo grato, pero santamente intrépido, respondió al juez que el fuego con que amenazaba á los libros estaria mejor empleado en el mismo santo para acabar su sacrificio en las llamas; y tambien me veo obligado á prevenirte, añadió el invicto mártir, que algun dia arderás tú por toda la eternidad en las del infierno si no renuncias el culto de los falsos dioses.

Apurado todo el sufrimiento de Daciano al oír tan no esperada respuesta, y no pudiendo contener la indignacion en el pecho, mandó que al instante le extendiesen en una cama de hierro ardiendo, aplicándole por todo el cuerpo láminas ó planchas encendidas.

Renovóse la alegría de Vicente á vista del nuevo tormento que le esperaba. Todo su gusto era pasar de un suplicio á otro, del ecúleo ó del potro á las parrillas, las cuales se componian de unas barras atravesadas, no de plano, sino de esquina, abiertas en forma de sierra y salpicadas á trechos de puas agudas á manera de rallo. Su elevacion era de una cuarta escasa, y se colocaban sobre carbones encendidos que estaban continuamente avivando los verdugos. Llenábanse todos de horror al ver aquel cuerpo medio desollado, amarrado con cadenas á la parrilla, cubierto de planchas ardiendo por la parte superior, mientras por la inferior le derretia el brasero. La grasa que el santo cuerpo destilaba añadia mucha fuerza á la violencia del fuego, y como si aquel conjunto de tormentos no bastase á causarle un dolor agudísimo y cruel, cuidaban los verdugos de avivarsele, llenándole de sal las llagas y las heridas.

Permanecia Vicente inmóvil, los ojos fijos en el cielo y el semblante risueño, adorando y bendiciendo sin cesar al Señor en aquella postura de inmolacion y de víctima. Pero como la mano del Todopoderoso se descubria tan visiblemente en la alegría y en la constancia del santo mártir, no podia permanecer expuesto por mucho tiempo á los ojos del público un espectáculo que tanto desacreditaba el culto de los ídolos. Todos admiraban la fuerza prodigiosa del paciente, y hasta los mismos gentiles clamaban que aquello no podia ser sin gran milagro; de suerte que se vió precisado Daciano á mandar retirar al in-

victo diácono. Encerráronle en un oscuro calabozo, donde le tendieron para descansar sobre pedazos de hierro, con severa prohibicion de que no se le diese el menor alimento, ni el mas ligero alivio; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, porque de repente bajó una celestial luz que despidió las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramó Dios en el alma de aquel héroe una divina dulzura, un consuelo de superior orden que le inundó de alegría. Hallóse de repente restituido á su antigua robustez y mejorado en su natural hermosura, exhalando de su cuerpo un suavísimo olor, que llenaba de fragancia aquel lugar hediondo. Bajaron á hacerle compañía escuadrones de espíritus angélicos, y se dejaron percibir los celestiales cánticos con que entonaban alabanzas al Señor; de manera que aquella horrorosa prision se convirtió en paraiso de delicias.

La fragancia, la música y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas; pero quedaron atónitos cuando vieron á Vicente sin la mas leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro de que estaba sembrado el calabozo. No era fácil resistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcaide con los guardas; y llegando á noticia de Daciano lo que pasaba, tomó ( fuese desesperacion ó despique ) una resolucion bien extraña. Manda que al punto saquen al santo del calabozo; ordena que le acuesten en la cama mas blanda y mas regalada que se pueda disponer, y da providencia para que se le cuide, sin perdonar á regalo ni á remedio. Publicase en toda la ciudad este decreto; acuden los fieles en tropas á la cárcel; conducen al santo como en triunfo por las calles; pero Vicente apenas entró en el regalado lecho que se tenia prevenido, cuando, como si fuera aquel el mayor de los tormentos, espiró, y voló su alma al cielo á re-

cibir la corona y el premio de su victoria; sucediendo esto el día 22 de enero del año 304 ó de 305.

Rabioso y fuera de sí Daciano al verse vencido y confundido por aquel héroe cristiano, mandó que fuese arrastrado su cadáver, y que sacándole al campo, le arrojasen en un barranco donde sirviese de pasto á las aves y á las fieras; pero envió Dios un cuervo de grandeza extraordinaria que le hizo centinela y le defendió de los demás animales. Ordenó el tirano que le echasen en alta mar, porque no le diesen culto, y careciese de ese consuelo la devoción de los fieles; pero el Señor, que se burla de todos los artificios de la humana prudencia, condujo á la orilla al santo cuerpo; y acudiendo los cristianos, le enteraron secretamente fuera de las murallas de Valencia en el mismo lugar donde hoy es venerado en una magnífica iglesia.

El año de 542 sitió y tomó á Zaragoza Childeberto, rey de Francia, y se contentó con llevarse la estola que habia servido al santo diácono, y se la entregó á san German, obispo de Paris. Consérvase esta preciosa reliquia en la iglesia de san German, que antiguamente se llamaba de san Vicente.

El mismo día celebra la Iglesia la fiesta de san Anastasio mártir. Fué Persa de nacion; y antes de su bautismo se llamaba Magundat. Sirvió algun tiempo en las tropas del rey Cósroes. Despues de la toma de Jerusalem, como se llevaban la cruz de Cristo á Ctesifon, quiso saber qué motivo tenian los cristianos para hacer tanta estimacion de dos maderos que habian servido para ajusticiar á un hombre. Informado de todo, y bien instruido en la religion cristiana, recibió el bautismo y vivió algun tiempo en el monasterio de san Atanasio. Siete años empleó en los ejercicios mas humildes y mas perfectos de la vida monástica. Movidó de un ardiente deseo de derramar su sangre

por amor de Jesucristo, pidió, y obtuvo licencia para pasar á Cesaréa. Supo que ciertos soldados de la guarnicion hacian algunos maleficios: reprendiólos, y ceharon mano de él. Confesó que era cristiano, y sufrió con heroica constancia azotes, palos y todas las incomodidades de una rigurosa prision. Confortóle el Señor con una aparicion de mucho consuelo; y en fin coronó su santa vida con el martirio, habiendo sido ahorcado por la confesion de la fe el día 22 de enero del año 628.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Valencia de España, san Vicente, levita y mártir, el cual por sentencia del presidente Daciano, famoso por sus crueldades, sufrió cárceles, hambre, caballete, descoyuntamiento de miembros, parrillas de hierro encendidas y otros muchos géneros de tormentos, con los cuales voló al cielo á recibir la recompensa de tan glorioso martirio. El poeta Prudencio ha cantado su triunfo en versos elegantes, y san Augustin y el papa san Leon le han celebrado tambien con grandes alabanzas.

En Roma, en las fuentes Salvianas, se solemniza la fiesta de san Anastasio, monje Persa, el cual, despues de haber sufrido en Cesaréa de Palestina una rigurosa prision, azotes y cadenas, fué atormentado todavía de diferentes maneras por Cósroes, rey de Persia, y últimamente decapitado; habiendo tenido antes el consuelo de enviar al martirio setenta compañeros suyos que fueron todos anegados. Su cabeza fué llevada á Roma juntamente con su imagen, cuya presencia sola, así como lo atestiguan las actas del segundo concilio de Nicea, arroja los demonios y cura las enfermedades.

En Embrun, los santos Vicente, Oroncio y Victor, que alcanzaron la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano.

En Novara, san Gaudencio, obispo y confesor.  
En Sora, santo Domingo, abad, celebre por sus milagros.

*La oracion de la misa es la siguiente.*

Adesto, Domine, supplicationibus nostris : ut qui ex iniquitate nostra reos nos esse cognoscimus, beatorum martyrum tuorum Vicentii et Anastasii intercessione liberemur : Per Dominum...

Atiende, Señor, á nuestras humildes súplicas, para que pues nos reconocemos reos por nuestra maldad, seamos librados de nuestras culpas por la intercesion de vuestros bienaventurados mártires Vicente y Anastasio : Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 3 de la Sabiduría, y la misma que el dia anterior, pág. 332.*

**NOTA.**

« Ya llevamos dicho que el libro de la Sabiduría de donde se sacó esta epistola, fué compuesto por Salomon. Habla el sabio en este capítulo de la esperanza de los justos y del cuidado que Dios tiene de ellos. Dice que su alma está en la mano de Dios; y esto es lo que les hace mantenerse inmóviles en medio de todos los acaecimientos de esta vida; esto es lo que comunicó tanto valor y tanta fortaleza á los mártires. Si el mismo Dios es su fortaleza, ¿quién los podrá vencer? Es de grandísimo consuelo todo lo que se dice en este capítulo. »

**REFLEXIONES.**

¡O qué bien está el que está en manos de Dios! Nadie está en las manos de Dios que no esté en su corazón. ¡Qué estancia tan dichosa! Pues esta es la de los justos. ¡Gran Dios, qué lugar hay en el mundo mas digno de una ambicion noble y bien nacida! Ora

amenace la tempestad, ora intime estragos y terrores el vaporoso estruendo de los truenos, el justo está al abrigo; su alma está en las manos de Dios; ¿qué tiene que temer?

Es la muerte un tormento que asusta á los mas resueltos, que á los mas intrépidos los estremece; pero como la muerte de los justos siempre es preciosa á los ojos del Señor, la ven venir no solo sin susto, pero con alegría, porque no la miran como suplicio sino como premio; los llena de dulzura, de consuelo y de confianza.

Su muerte en la apariencia es como la de los demás, término fatal de todas las cosas; pero es en la apariencia y á los ojos de los insensatos, que los prudentes y los sabios juzgan muy de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro; si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. ¡O qué gozo el de no haberse descaminado! ¿Qué consuelo mas dulce ni mas exquisito que el que se experimenta cuando se llega al término dichosamente? Los santos sufrieron tormentos á los ojos de los hombres, parecieron afligidos y humillados, fueron maltratados y perseguidos; pero á los ojos de los hombres, y no mas: todo lo áspero, todo lo duro de sus cruces estaba en la corteza; que por lo demás, en medio de los mayores trabajos lograban una esperanza llena de inmortalidad. ¿Qué proporcion hay entre lo que padecieron y lo que ahora gozan? Dichoso aquel que no cede á las pruebas que de él se hacen. No gusta Dios de siervos cobardes y pusilánimes. ¡Felices aquellos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

Mas ¡oh! y qué diferencia hay entre la muerte de los justos y la de los que se llaman dichosos á lo del mundo! La felicidad de estos se desvanece en su postrera hora. Grandeza, riquezas, honores, placeres,

todo se sepulta con ellos; pero al contrario, la última hora de los otros es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en los fastos de los santos; su memoria está llena de bendición; se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas; y aquellos hombres viles á los ojos del mundo, brillarán por toda la eternidad como astros en el firmamento; reinarán sobre todos los pueblos, y juzgarán á todas las naciones. ¡Qué objeto mas digno de la ambición de un corazón cristiano!

*El evangelio es del cap. 21 de san Lucas, y el mismo que el dia anterior, pág. 384.*

#### MEDITACION.

QUE NO HAY EN LA TIERRA OTRO VERDADERO MAL SINO EL PECADO.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en la tierra otro verdadero mal sino aquel que él solo nos priva del verdadero bien y del principio de todos los bienes: tal es el pecado.

Mírese por donde se mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga, eternamente será el pecado objeto de su odio y de su indignación, y eternamente será materia de nuestro arrepentimiento; pues ¿cómo lo puede ser ahora de nuestros deseos y de nuestra complacencia?

Todo lo que llamamos males en el mundo, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado fué el que intundó la tierra de tantas desdichas; él es el que tiene encendido el fuego del infierno; el pecado es el que hace infelices á los que lo son; la tranquilidad y la alegría solo reinan donde reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, y

siendo todo bien, por sí mismo no puede comunicar otra cosa. Solo el pecado es quien causa todo el mal, privándonos de este bien. ¿Y es esta la idea que se tiene del pecado? ¿Pero dejará de ser menos mal, ó dejará de ser menos pecado, porque se tenga de él otra idea diferente?

Esas concurrencias de la diversion, de donde está siempre desterrada la inocencia; esos desahogos del carnaval, que si no siempre son pecado, son sumamente peligrosos siempre; esos espectáculos, esas alegrías profanas, origen fatal de tanto desorden, ¿prueban por ventura que se tiene al pecado grande horror? Y aun las personas que se abstienen de esos desórdenes ¿viven siempre muy inocentes? ¡Ah! que por decirlo así, nos familiarizamos con el pecado; ¿pero nos familiarizaremos igualmente con los tormentos que le corresponden?

¡O Señor, y qué poco que he conocido al pecado! pero ¿cómo le conozco y cómo le detesto ahora! Aumentad mi dolor y perdonad mis maldades.

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que es error dar el nombre de males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad; y que á excepcion del pecado, todo puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo puede servirnos para ser dichosos; porque todo puede conducir para que seamos santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos, algun grado por lo menos de su elevación en el cielo. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes; vuestros amigos, dice el Salvador, os perseguirán, mas no por eso se-